

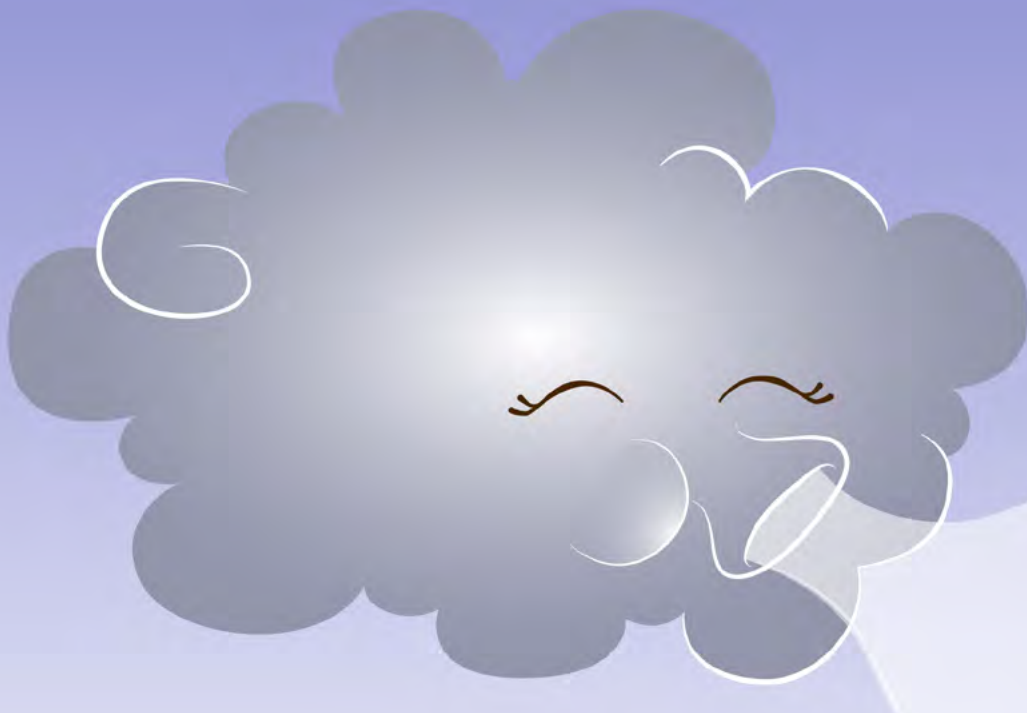
El roble

—Hola sol —dijo un brotecito mientras se abría paso en la tierra—. Voy a ser un hermoso y grande roble algún día. Seré grandioso y alto, y las aves harán nido en mis ramas y las ardillas corretearán arriba y abajo por mi tronco. La gente descansará debajo de mí, y muchas criaturas se esconderán tras mis hojas.

El pequeño brote se sentía joven y lleno de energía. Sin embargo, pronto se daría cuenta de que crecer no sería algo tan sencillo.

Cuando el pequeño árbol medía tan solo unos treinta centímetros, vino una familia a hacer un picnic cerca del llano donde el árbol crecía. Luego de que esta familia terminó su picnic, la pequeña fue a juntar flores, cuando vio el tallo con unas hojitas. El padre le sugirió a la niña que dejase tranquilo ese brotecito.



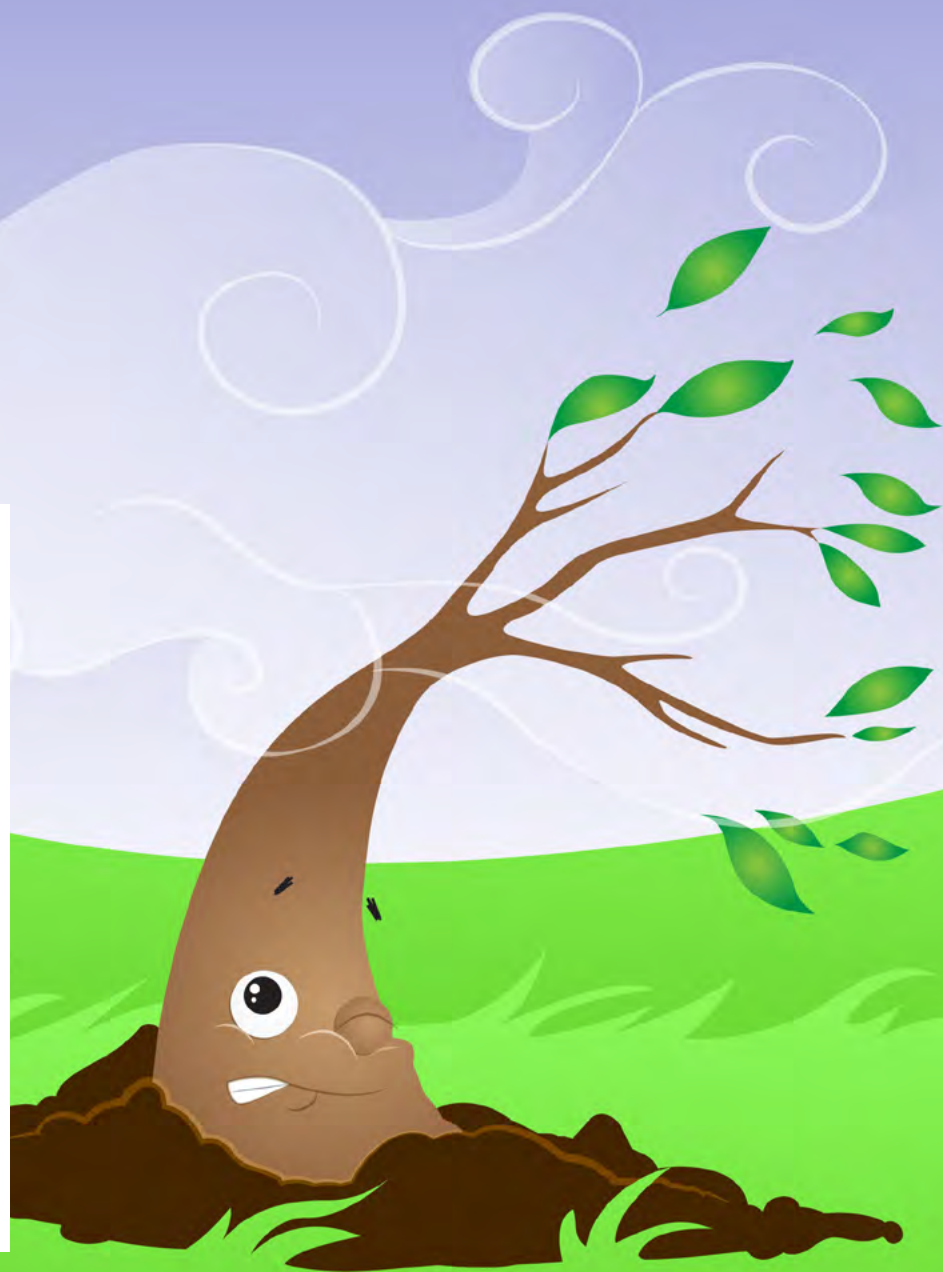


—Debes de estar muy agradecido de haber sido salvado justo a tiempo —dijo el sol, sonriendo—. Dicho sea de paso —agregó—, pronto dejarás de disfrutar de mi calor. El verano ya se acaba y pronto vendrá el invierno. Entonces, conocerás a mi hermano el viento, y a mis hermanas, la nieve y la escarcha. Sin embargo, cuando empiece la primavera, nuevamente te calentaré.

El pequeño arbolito no tenía idea de lo que era el invierno, pero de a poco se fue enterando. En ese momento, sopló un gran viento.

Uuuuhh, uuuuhh, uuuuhh, hacía el viento.

—¿Quién eres? —preguntó el arbolito, temeroso—. ¿Y por qué intentas empujarme y lastimarme? ¡Ya has hecho que se vuelen las poquitas hojas que tenía!





—Soy el viento, un amigo del sol, y no te estoy haciendo daño —le contestó—. Perder tus hojas es parte del ciclo de la vida. Si no desechas esas hojas ahora, no sobrevivirás cuando vengan la nieve y la escarcha. No, pequeñín —dijo con suavidad—, no tienes nada que temer de mí. Es más, si estás lleno de vida y decidido a sobrevivir, yo solo haré que te vuelvas más fuerte.

—Bien, entonces —respondió el arbolito con alivio—, ¡sopla tan fuerte como lo desees! —él quería ser un gran roble muy fuerte.

Tal como le había dicho el viento, llegó el invierno y la escarcha y la nieve cubrieron el suelo, y también las pequeñas ramas del árbol.

—¿Cómo podré sobrevivir al invierno?—dijo, preocupado. Pero al poco tiempo, el pequeño árbol se sintió muy cansado y se quedó profundamente dormido.





Con el paso de algunos meses, el sol comenzó a calentar la tierra y despertó al arbolito. Había llegado la primavera, y si bien el arbolito no había crecido mucho en altura durante el invierno, se había vuelto mucho más fuerte. Este se desperezó, disfrutando de un baño de sol calentito. Cuando llovía, absorbía las gotas de agua que caían a la tierra.

Un día, un ciervo hambriento pasaba por la pradera, deleitándose con las deliciosas plantas verdes. El pequeño árbol no podía hacer nada para impedirle al ciervo que se comiera sus hojas y sus ramas.

—¡Ay! —gritó el árbol, fijándose en sus ramitas rotas.

El sol brilló cariñosamente sobre el arbolito.

—No te rindas —le dijo—. Tus ramas sanarán y las hojas volverán a crecer. Dales tiempo.

Llegó la lluvia y amorosamente regó la tierra alrededor del árbol, y el sol hizo brillar sus sanadores rayos, y muy pronto el árbol volvió a estar fuerte y sano.



—Sí, lo voy a lograr—pensó el árbol muy decidido.

Para cuando volvió el invierno, el árbol ya había crecido bastante. Esta vez no tenía miedo del viento ni de la nieve ni de la escarcha. En cambio, les dio la bienvenida pues sería un tiempo de descanso luego de tanto crecer y estirarse durante el verano. Había aprendido lo beneficiosas que eran las estaciones. Año tras año, el roble fue creciendo en altura y experiencia.

Cien años pasaron, y el roble había vivido una larga y hermosa vida. Había sido una gran alegría para muchos niños que habían jugado en sus ramas. Había dado cobijo y comida a muchos animales y había dado vida y protección a muchos otros arbolitos y plantas alrededor de él.

Este roble había cumplido con el plan que Dios tenía para su vida.